

## HACIA UN NIETZSCHE POLÍTICO DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE<sup>1</sup>

---

Breno Onetto M.

Se podría creer que el tema del libro de Gonzalo Portales lo configura únicamente la relación entre política y filosofía, y en un momento muy relevante de la historia contemporánea, a saber, la destrucción de la Europa del siglo XX. Sin embargo, este texto que pasa revista efectiva a la presencia de esta última en la acción política concreta en el holocausto europeo, como política devastadora de un Estado, desea agregar, a la vez, la delimitación particular de un pensamiento —el de Nietzsche y su originalidad filosófica frente a una usurpación definitivamente ideológica y revolucionaria de una praxis teórica en extremo politizada y totalitaria. Delimitar el pensamiento político-ideológico de la catástrofe, separar y erradicar la ideología nacionalsocialista del pensamiento nietzscheano plantea la cuestión concreta acerca de la presencia de una filosofía práctica efectiva en él, de una teoría política presente en el "corpus" nietzscheano, al interior de una obra completa todavía desconocida para gran parte del público o, al menos, buena parte de la obra que Portales nos presenta como el pensamiento propiamente político de Nietzsche, mediante una hermenéutica que ha de pasar hoy necesariamente por la obra fragmentaria y póstuma suya, permitiéndole hablar críticamente y hacerlo en términos de un pensamiento político sobre todo ajeno, así como alejado del burdo utilitarismo y oportunismo ideológico en que cayera el autor en la primera mitad del siglo XX. Pero, ¿a quién debemos tal tergiversación en la obra nietzscheana? y ¿por qué una necesaria relectura política menos obtusa de alguien como Nietzsche?

Hace mucho que se viene repitiendo el argumento que desea adscribir a Nietzsche una presunta actividad política-ideológica precursora de la catástrofe del pasado siglo, y ello toda vez que se indaga por las causales ideológicas o filosóficas del holocausto, y por cierto durante la segunda mitad del siglo XIX. De allí que *Arqueología y telos del desastre*, título del primero de los tres capítulos que arman este libro, pesquise este tema particular, y donde Portales logra especialmente redimir a Nietzsche del nazismo revisando acuciosa como críticamente la política del pensador, una teoría que fuera absolutamente mal recibida no sólo desde la política misma del régimen nazi, sino deformada en su contenido hasta por una revisión histórica marxista, posterior al holocausto, durante la Guerra Fría.

---

<sup>1</sup> El siguiente texto fue leído para la presentación del libro *Filosofía y Catástrofe. Nietzsche y la devastación de la política*, de Gonzalo Portales. Editorial ARCIS, Santiago 2002, en la Sala de Humanidades, de la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la UACH, el 5 de diciembre de 2002.

Pues bien, responsables directos de esta usurpación ideológica de los contenidos del corpus nietzscheano fueron autores como Fritz Giese y Alfred Rosenberg, quienes deseaban *nazificar* el pensamiento nietzscheano mediante una identificación de sus ideas filosóficas con la ideología y la simbología primaria de la política oficial: esto es, fijar un racismo y un antisemitismo de corte nietzscheano. Un cometido que alcanzó igual adhesión e influencia en su intérprete y editor de los años 30, Alfred Baeumler. Baeumler interpretó a Nietzsche como "pensador fundante de una filosofía política germana", vinculando la noción de "voluntad de poder" con la doctrina nazi. Este autor habría logrado que se llegara a considerar la filosofía de Nietzsche como "antecedente natural" en la cosmovisión del movimiento. Baeumler vio en la "voluntad de poder" contenida la "expresión perfecta del germanismo".

Esta relectura de los textos y fragmentos nietzscheanos, empero, no busca defender a Nietzsche puramente desde sí mismo, sino poner en evidencia las manipulaciones sufridas por textos, que tenían como único fin exponer tesis racistas o pangermanistas, que no estarían en modo alguno allí presentes. Buscar argumentos etnográficos, por ejemplo, de una identidad racial que unifique a un pueblo, opuesta a la idea política del estado nacional moderno, tal era la desgraciada idea que penaba, desde el siglo XIX, en la anhelada constitución de la nación germana -tópico que Portales, premunido de excelente instrumental bibliográfico, recorre con precisión, en sus fuentes históricas, de manera de replicar a esa política perniciosa e ideológica, que sólo aspiraba a rescatar una idea romántica tardía de pueblo. El romántico tardío había rechazado -el espíritu de la ilustración y de los pensamientos supranacionales de la revolución-, amparándose en una religión cristiana redentora, la que vendría a unificar la nación, reunificando también el terruño patrio. Esta idea contrasta, ciertamente, con la falta de tierra y de unidad de pueblo simbolizada en la imagen del judío errante. Una visión política que Nietzsche se hallaba muy lejos de querer compartir, cuando describe, en *Humano, demasiado humano*, la situación de mezcla racial alcanzada ya por el europeo de mediados del siglo XIX y pronostica así el surgimiento de una Europa supranacionalista, llamando políticamente a confiar en este "buen europeo" y a trabajar en la fusión de las naciones, asignándole a su pueblo el rol de ser "los intérpretes e intermediarios de los pueblos", dando acogida a los individuos que ya jugaban un rol pos-nacional en Europa: los judíos europeos.

Frente a esto, la interpretación fascista de posguerra, procedente del lado neomarxista, buscó remitir esta filosofía dentro de un proceso histórico de destrucción de la razón ilustrada en la filosofía alemana, sustituyendo la dialéctica racional por la intuición inmediata, en una vía que iría de Schelling hasta Heidegger pasando por Nietzsche, como el "fundador del irracionalismo en el período imperialista" de la historia alemana. Así lo ve Lukács, quien impondrá más tarde la expresión que servirá a otros para hablar de una vía que va "De Nietzsche a Hitler". Para él, Nietzsche es el filósofo guía de la burguesía reaccionaria antes de la Primera Guerra Mundial y tras la Segunda. Su fatal irracionalidad

se expresa en su postura antisocialista, que hace suponer a Lukács que Nietzsche apoyaba medidas tales como la *ley contra la socialdemocracia*, de 1878, que el mismo Bismarck decretara y que no harían sino continuar la tesis del "camino histórico propio alemán" o *Sonderweg* político-económico, el que habría conducido al país de un imperialismo social a la dictadura fascista. Pero, difícilmente puede atribuírsele a Nietzsche un antisemitismo, ni menos un apoyo a Bismarck, si se leen bien los textos. El antisocialismo juega un rol secundario en su obra de sus últimas décadas y no trata de un socialismo real, ni promovería un pro-capitalismo. Lukács cometería una "reconocible ligereza interpretativa en el análisis de los textos" -piensa Portales. Su lectura del "socialismo real" (Proudhon, Marx u otro) nunca existió. La prédica nietzscheana igualitarista tiene más de cristianismo, de nostalgia rousseauiana, de altruismo positivista, de una filosofía de la felicidad, que cualquier otro cariz. Por lo que su socialismo no sería sino la versión de un cristianismo de orden terrenal y secular, pariente del capitalismo como de la función social del estado moderno.

¿De dónde surge entonces la asociación de catástrofe y filosofía, si no queda resuelto el lazo de su génesis en el pensamiento de Nietzsche? En el segundo capítulo del libro, *Paradigma heroico y decisión política*, Portales retoma esto, pero como *momento concluyente*, como la toma de decisión política *a partir de Nietzsche*. De Pöggeler, intérprete de Heidegger, se asume ahora la expresión "Nietzsche como decisión", para argumentar sobre la opción política de Heidegger con el régimen nazi, basado en la interpretación que éste diera del último Nietzsche, y en relación a una continuidad de su propio proyecto filosófico desde *Ser y Tiempo*. Tal continuidad la da el concepto de *historicidad*. En ella el existente *resuelto* se da su posibilidad desde el ser libre para la propia muerte, "llegando a la simplicidad de su destino". La existencia puede elegir héroes como una posibilidad suya siempre que permanezca fiel a ese destino. Heidegger elige a Nietzsche como aquel héroe que reitera la pregunta metafísica acerca del ser. El recurso de Heidegger a Nietzsche pasa, empero, por distintas fases que remiten a diversos tipos de decisiones, una de las cuales lo llevó entre 1929-1936 a una opción política real que hizo coincidir efectivamente filosofía y política. Ahora, para que el tránsito "de Nietzsche a Hitler" no se torne un falso recurso, un mero oportunismo como en Rosenberg y Baeumler, la pregunta que se hace el capítulo dice: ¿qué cosa en Nietzsche obligó a Heidegger a tomar aquella opción histórica? Portales repasará para esto tres marcos de interpretación posibles en J. Habermas, O. Pöggeler y J. Derrida.

En el primero: piensa Habermas, que Heidegger recurre a Nietzsche porque su filosofía marca más bien un punto de cambio efectivo del pensamiento de la modernidad, hacia una era post-metafísica. Nietzsche estaría *ad portas* de una filosofía a-crítica, la que para Habermas expresaría una nueva mitología, reconstituída en la última década del siglo XVIII, por el proyecto del romanticismo temprano. Con Hölderlin y Nietzsche, Heidegger realizaría "una vuelta mitologizante hacia lo arcaico"; su pensar toma sobre sí el destino y busca héroes idóneos que puedan conducir una vida peligrosamente; de allí su decisión y resignación ante los sucesos que vendrían; o el ennoblecimiento de la guerra, la exaltación

de los grandes hombres, etc. Su opción de radicalizar el peligro, al extremo de poder sentar lo salvador desde él, no sería posible sin Nietzsche. Frente a ello, para Pöggeler, la opción política implica a Nietzsche desde *el nihilismo y la revolución mundial*. Su intromisión se define por la excesiva influencia de la obra nietzscheana, frente a la amenaza de dominio irreversible del nihilismo de la técnica moderna.

La necesidad interna de esta opción política por una revolución, se manifestaba para Heidegger como una lucha final contra el nihilismo y sus expresiones más excelsas: comunismo y democracia. La lectura de Nietzsche llevó a interpretar la historia de occidente en su minuto final, el instante de su acabamiento metafísico y, por lo tanto, del apremio de pensar en un nuevo inicio de esa misma historia, desde el *arché* original griego donde naciera la misma filosofía. Pero la grandeza de éste se hallaba puesta aún en tanto que posibilidad. Hölderlin y Nietzsche revelaron, así, la crisis de la situación mundial y sirvieron a Heidegger como pre-texto del paso fundamental para su opción política con el nazismo.

Finalmente, Derrida entiende esta opción desde los márgenes de la tradición filosófica misma del *Geist*, como una figura irrenunciable de una geopolítica alemana de corte lingüístico metafísico. Y aunque en *Ser y tiempo*, Heidegger manifestara su claro deseo de prohibirse ciertos términos de la tradición filosófica, los que habría que "evitar" para una indagación filosófica como la suya, conceptos como: alma, espíritu, persona, vida, etc., en vistas de la determinación del ser del hombre: esto pasó de cumplirse, ratificándose, a partir del *Discurso Rectoral* de 1933 y hasta 1935 con su *Introducción a la Metafísica*, una *Weltpolitik* o geopolítica del espíritu, que cumplía la tarea de evitar la extinción de la tradición heredada del primer inicio griego como forma válida de saber filosófico; colocando a Alemania en un centro político capaz de resistir la tenaza de avance de la técnica moderna desde América y Rusia. La misma lengua alemana era quien debería cumplir tal misión espiritual en el futuro; su filosofía no estaría facultada sino para luchar contra la decadencia espiritual de occidente.

Como sea, esta hermenéutica no ha auscultado aún la relación de "filosofía y catástrofe", pues no cuestionaba a fondo el imperialismo ontológico proveniente de la misma tradición filosófica, como causa del holocausto. De ahí que Portales se instale a revisar con Nietzsche, entonces, la "historia del nihilismo" y la "crisis de la modernidad", en su tercer y último capítulo, titulado: "Fragmentaria del nihilismo europeo y Gran Política", considerando en ello una plausible relación con la catástrofe. Esta tercera parte introduce al menos algo nuevo, en el ámbito de la investigación: una lectura original de la obra fragmentaria de Nietzsche con alcances relevantes, si se pretende tantear su doctrina política y donde poder insertar adecuadamente los resultados mismos de la catástrofe. La obra de Nietzsche es una obra inconclusa y, no obstante, sufrió por mucho tiempo, desde el lado de sus diferentes ediciones una marcada manipulación tanto editorial como filológica, lo que no permitió el acceso a una edición crítica completa y revisada sino

hasta la 2ª mitad del siglo XX. Este conjunto de fragmentos, el llamado *Nachlass* reúne textos inconclusos, comentarios que cruzan la obra editada misma, de manera que han de leerse sin el ya clásico prejuicio que los piensa y sigue leyendo con aquella fatal ordenación que hicieran de ellos H. Köselitz y E. Förster- Nietzsche editándolos bajo el título: "La voluntad de poder. Intento de una transvaloración de todos los valores". Salir de aquella clave resulta básico para revisar la historia de la fragmentaria nietzscheana, la cual no es en nada sistemática en su operar, por más que su *opus* nos presente en cada época obras concluidas, sino una inmersión por ámbitos de indagación teórica que ya ven en ella una praxis filosófica *experimental*. La fragmentaria no viene tampoco en estilo aforístico y su redacción se halla en un estado de bosquejo pre-textual que apenas satisface ser leída como tesis; pero pretender leer la obra desde aquel episodio final de la "voluntad de poder" sin atender a su génesis y los estadios de la fragmentaria rehuye la tarea de insertar a esta parte esencial en el contexto preciso de los textos. Para tal tarea, Portales define así el marco en que se insertará la política en este *opus*, revisa los fragmentos de la época entre 1884 y 1888, textos que serán interrogados e inscritos en un marco de interpretación llamado "filosofía del nihilismo europeo". Esta última, sin embargo, atraviesa en su totalidad al proyecto de "la voluntad de poder" o de "la transvaloración de los valores", pero inserta además los siete textos ya conocidos de aquella época. La totalidad de estos escritos -dirá el pensador- deberá contener "una panorámica completa de nuestro siglo, sobre la modernidad entera, sobre la civilización alcanzada". Tal el marco que encierra también la cuestión política por la que se ha de preguntar en su obra. Asunto que quedará circunscrito a los límites de una fragmentaria del nihilismo europeo, y por tanto no reducida a su obra sistemática, en ningún caso. Analizar esto último exige, a su vez, la escritura de una historia del nihilismo, tópico que, para Heidegger, se expresaría en que "el nihilismo es una historia", que va a "construir la esencia de la historia occidental".

Portales reconstruye, por esto, para el lector, la historia de aquel *nihil*, la presencia de aquella nada y su acción aniquiladora del saber en la historia occidental; un trayecto que enraza ya en la antigüedad clásica griega, pasando por la escolástica y prendiendo con fuerza en la modernidad, para quedarse instalada en ella como fenómeno del que aún no queremos dar cuenta en su feroz radicalidad. El autor se detiene, empero, en la modernidad temprana que culmina en la filosofía trascendental de Kant y Fichte, quienes habrían gestado las disputas oficiales del criticismo con el idealismo decimonónico, momento crucial que hizo presente la fuerza del *nihil* como algo no externo al sistema de la metafísica tradicional. Nietzsche, sin entrar en disputa con éste mismo, identificaría idealismo y pesimismo con una huida del mundo, con una voluntad contraria a la vida, que equiparará al final con el nihilismo de la "falta de sentido en todo acontecer", con la "doctrina del gran hastío" (Zaratustra), destinada por Nietzsche a los siglos que siguen a su pensar: la historia de la crisis y la decadencia occidental, donde Nietzsche mismo se inserta por una voluntad de tragedia y pesimismo, de donde extrae "el valor, el orgullo, [y] el ansia de un gran enemigo".

El nihilismo actual, ese que Nietzsche nos enseña en fragmentos notables como el de *Lenzer Heide*, un inédito de 80 años, y otros no menores pero muy decidores del siglo que describen, no puede ser leído por sus síntomas, por sus efectos degenerativos: “en los estados de apremio o necesidad social o en las degeneraciones fisiológicas, ni siquiera en la corrupción, de manera tal de banalizar sus efectos, colocándolos al nivel de sus perjuicios en una época tal de crisis y de decadencia cultural”. Sus raíces se hallan en el triunfo mismo de la moral cristiana o en el fracaso de la acción positiva civilizadora y progresista de ésta. Lo pernicioso de tal moral no yace en sus instituciones políticas ni en su intolerancia, que fuera pronto criticada, sino en el fondo de su moral construida sobre la base de una sumisión al concepto de verdad. Pues decayendo éste, no se hace más que declarar falsa o desconfiar de toda otra realidad, despojando de sentido, además, a la acción misma. Incluso la ciencia y la filosofía han estado supeditadas para Nietzsche a esos resquicios de valor de la moral.

Tratando de abreviar, y siendo algo infiel al texto, al no referir la rica relación de otras “grandezas” del nihilismo, en relación a Wagner y otros tópicos, la ambición cumplida de este libro fue, sin duda, no dejar fuera de él el grueso de temas que pudieran ser asociados siempre entre sí dentro del *corpus*. El nexa a la política misma en la obra tardía remite, de este modo, al concepto de *gran política*. Pero ¿qué sería una *pequeña*? Bueno, la del democratismo jesuítico, la del socialismo y el anarquismo, la del parlamentarismo y la prensa periódica -que elevarían la bestia del rebaño al poder político, y la del nacionalismo. Todos estos *ismos* habrían llevado a Europa al callejón sin salida de su estadio actual, reversible sólo si se volviese a reunir a sus pueblos mediante una tarea lo bastante grande. Este antigualitarismo y anti-dematocratismo lo causa en Nietzsche su anti-darwinismo; no aquel de la lucha por la existencia, sino que Nietzsche se opone de lleno al optimismo intrínseco e ingenuo de éste, que nunca ha sido demostrado más que con la letra: siempre han sido los débiles los triunfadores de la historia. Nietzsche desconfía, es escéptico ante cualquier concepto de desarrollo, a la base de cada doctrina política de su siglo. Reconocería también la grandeza individual en todos los tiempos, “contra la sobreestimación del estado y lo nacional” (Burckhardt); renuncia a toda idealidad del plan de un proyecto político, a toda justificación moral en la narración de los hechos históricos (Tucídides, Maquiavelo).

Ahora bien, los fragmentos que ordenan su pensamiento político son un intento de alcanzar una nueva política de la virtud, pero *virtus* entendida en el sentido fuerte renacentista -libre de moralina. Se trata en ellos, por tanto, de un tratado político, de “un *tractatus theologicus-politicus*” (Portales). La virtud tiene un sentido de poder -del poder como derecho a la felicidad, como un acto individual sin otra fuerza que la natural (como cuando en la antigüedad, se tildó de virtud a la soberbia y la magnanimidad y no a la humildad). Toda época ha de ser medida por sus fuerzas positivas. El Renacimiento fue la última de esas épocas fuertes. La modernidad es un deslizarse de debilidades angustiosas auto-referenciales, aunque Nietzsche no aspira a un renacer de otrora, al individualismo renacentista, por ejemplo, su imagen es más la de provocar al hombre, la de superar al

hombre y su condición actual de mediocridad y tedio –esos rostros visibles del nihilismo; tal superación define al hombre y al destino; esa es la tarea propuesta por Nietzsche La *gran política* es la guerra del hombre contra sí mismo –no la fáctica de los pueblos–, la guerra contra su tradición ancestral. Tal es el contenido de su fragmentaria entre 1888-89, textos que provocan aún hoy disputas en su recepción de posguerra: “Yo traigo la guerra” – “*Ich bringe den Krieg!*” – son las iniciales de Nietzsche en ellos. Se trata de una guerra metafórica pero real, que denota, empero, un paradigma catastrófico en la medida que remite al paso del *Mensch* hacia el *Übermensch*, el tránsito del ser del hombre a un modo más elevado de ser hombre. Una aspiración de ruptura fundamental con la historia política del hombre. Portales la llama *utopía catastrófica*. La meta idónea para el hombre; el ideal expresado por Zaratustra, no por Nietzsche. La catástrofe puesta en la tensión entre la perspectiva de una nueva época por venir y la lucha con el destino. Tal catástrofe no atañe sólo a la historia del hombre, sino que atañe también a su relación con los dioses, y por tanto es divina, y su texto es así también *teológico-político*. El ateísmo de Nietzsche se halla inserto en él como fase final contrapuesta al ideal ascético cristiano. Cristianismo que es, así, de fondo, condición *sine qua non* de la catástrofe, donde el hombre pierde ya su centro de gravedad, donde no se le permite crear otro sentido; desear otro dios, otra verdad, otra realidad; donde sólo queda la esperanza de un mito que comunique otra vez la nueva época: el mito del eterno retorno. Catástrofe dice desde el cristianismo: acabar con la cultura terrenal del *hic et nunc*, la *gran política* debe invertir este último proceso destructivo, para tratar de huir del nihilismo que ya nos acecha.

La oferta de Nietzsche, empero, la auto-superación de la propia *conditio humana* para la extinción de la catástrofe en la historia del nihilismo europeo no afirma nada de la devastación política europea ocurrida durante el siglo pasado; este libro ofrece tal conclusión, pero también la invitación de adentrarse al silencioso plano de lo que ha de venir, leyendo; naturalmente, una vez más, a Nietzsche.

Instituto de Filosofía y Estudios Educativos  
UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

## Información para los autores

- Esta revista acoge en sus páginas artículos de divulgación sobre temas lingüísticos y literarios.
- Los trabajos enviados para publicación deberán ser inéditos.
- Las colaboraciones, escritas en español, deberán ser enviadas a la Dirección de la Revista, hasta el 30 de septiembre de 2001. Ellas no serán devueltas.
- El texto no deberá exceder de 10 páginas (21.5 X 27). Se acompañará de una copia y del disquette 3,5 (1.4 MB) en Microsoft Word, Times New Roman 12.
- La revista se reserva el derecho de aceptar o rechazar los trabajos recibidos, así como de llevar a cabo cualquier modificación editorial que estime necesaria y que no implique cambios de fondo.
- El autor titulará su trabajo de la forma más breve posible y, al final del mismo, anotará nombre y dirección de la institución a que pertenece. Debe proporcionar, asimismo, su dirección postal.
- En caso de ilustraciones, gráficos y/o cuadros, con sus leyendas y títulos respectivos, se incluirán en hoja aparte, numeradas consecutivamente y agrupadas al final del texto. En lo posible vendrán elaborados en papel especial, listos para su impresión (y eventual reducción). En el texto se deberá dejar el espacio y la referencia correspondientes.
- El autor recibirá gratuitamente dos ejemplares del número en que aparece su trabajo.
- La revista agradece las informaciones y noticias breves en el campo de la lingüística y la literatura.
- Los artículos pueden ser reproducidos siempre que se identifique la fuente.
- El método para la bibliografía es el siguiente:

Wright, Robert. 1988. "Latín tardío y romance temprano". *RFE* 68: 257-70.

Alonso, Amado, 1955. *Materia y forma en poesía*. Madrid: Gredos.